

El liberal, Madrid, 18 febrero 1923



De actualidad

# COMENTARIO

Hemos leído que propugnando en cierta altísima morada la calaverada esa—calaverada y no locura—de la expedición de castigo a Alhucemas—para evitar el castigo aquí y a los verdaderos culpables ¡claro!—, uno de los ministros de esta concentración sedicente liberal hubo de ser interpelado con un “Y a ti ¿qué te parece?” Y como el ministro—el que oyó antaño lo de la “villanía”—dijese: “A mí, señor; una locura”, se le replicó: “Pues según la historia, han sido los locos los que han hecho las grandes cosas en el mundo.” A lo que el ministro: “Pero los locos no han regido nunca los destinos de los pueblos.” Así hemos leído que fué.

Y ahora vamos por partes. Primero, que eso no sería una locura; sino una calaverada; y para calaveradas deben bastar las de Monte Arruit. Y un calaverada es una frivolidad y una pelicularía. Y el deporte de las películas bélicas es muy caro y muy necio. Nada peor que jugar al honor. Lo derecho cuando se ha fracasado es confesarlo y sufrir las consecuencias del fracaso.

Segundo, que la historia no dice ese disparate de que las grandes cosas en el mundo las hayan hecho los locos. Lo dirán a lo sumo algunos historiadores, y ¿qué historiadores! Historiadores al uso de los que presumen de locos históricos. ¡Que es presumir!

Tercero, que ha habido locos que han regido destinos de pueblos y que los han hundido. Y en nuestra misma patria.

Además, es un truco que todos los penalistas conocen el de aquellos que para eludir responsabilidades penales se fingen locos. Porque la locura la estiman los hombres causa de irresponsabilidad. Ahora que si los locos son irresponsables, no por eso todos los irresponsables son locos. Ni aunque presuman de serlo.

“Y ahora no estoy loco, ¿eh?”—dicen que dijo Fernando VII después de aquel pasillo tragicómico en que las Cortes le declararon loco, en 1820,

allá en Sevilla. Y fué por eso por lo que luego hizo ejecutar a Riego, este año hará un siglo.

No; la expedición esa de castigo a Alhucemas no es una locura; no es una quijotería. Don Quijote hacía sus locuras él por sí, personalmente; y le mandaba a Sancho que no le ayudase. Don Quijote no pretendió que Sancho arremetiera con él a los gigantes que resultaron aspas de molinos, porque sabía que, como Sancho las creía aspas y no gigantes, se dejaría arrollar por ellas; Don Quijote no pretendió que Sancho alanceara corderos porque sabía que Sancho no acometería a corderos creyendo que lo eran; Don Quijote no pretendió que Sancho le ayudara a libertar a los galeotes que iban a responder a la justicia, porque sabía que Sancho no quiere galeotes sueltos.

Pero ¿a qué traemos acá a Don Quijote? ¡Perdón, señor! (Este señor es nuestro señor Don Quijote.)

Don Quijote era loco—loco por sublimación de cordura cordial—y no se fingía loco para eludir responsabilidades; Don Quijote no jugaba; Don Quijote no era un pelicularo; el quijotismo no es deporte. Y como las locuras de Don Quijote iban en serio, no se las hacía hacer a Sancho. Don Quijote no pretendió nunca que Sancho, a sus espaldas, le hiciera las locuras. Aunque al cabo consintió en que se azotase para desencantarle. Pero es que Sancho creía en Don Quijote y Don Quijote creía en sí mismo, porque Sancho creía en él.

Mas no blasfememos. Que blasfemia es traer aquí a Don Quijote.

Y ahora algo más a esos equivocados—de buena fe algunos de ellos—que creen que el honor pide esa expedición de castigo. No; lo que pide la justicia—y donde habla la justicia calla eso que llaman honor y que sin justicia es barbarie y deshonra—; lo que pide la justicia es que se castigue la santiagada, aquella calaverada del avance de julio de 1921 sobre Alhucemas. Que salió mal no preci-

samente porque estuvo mal preparada, sino porque era injusta. Y por ser injusta no pudo ser preparada. Y la guerra toda la ha perdido el reino—el reino y no la nación ni el Ejército—, por ser injusta. Era una guerra injusta; no mal llevada sólo, no, sino injusta. No había razón ni justicia para ir contra los moros de Alhucemas en julio de 1921. Y no hay justicia en querer ir contra ellos ahora por haber ellos entonces rechazado—a su manera ¡claro!—una injusticia.

Otra vez: “Procure siempre acertarla—el honrado y principal;—pero si la acierta mal,—defenderla y no enmendarla.” Esto no lo dijo un loco, ni lo dijo Don Quijote. Eso lo dijo un... caballero. Y ya sabemos lo que en nuestra historia quiere decir un caballero, y cómo no suele ser sino la otra cara del pícaro. El caballero que juega a la caballería, se entiende.

Dice un diario que hasta los “abandonistas”—así nos llama—tendremos que admitir que antes hace falta infligir un castigo a los moros. No; no lo admitimos. Aquí es donde hay que infligir el castigo. ¿Que cómo queda España? De ningún modo mejor que reconociendo la injusticia de la santiagada—no su derrota, sino su injusticia—y castigándola. Y no olvidemos que prestigio quiere decir engaño, que tal es su sentido originario y propio. Y ya no engañaremos a nadie.

El quijotismo podrá ser locura, altísima locura; redentora locura; pero la ficción de quijotismo para eludir responsabilidades, el hacerse el loco para ser absuelto como irresponsable, eso es engaño. Y el engaño es un juego muy peligroso.

Y sobre todo ¡nada de calaveradas! ¡Nada de pelicularías! El pan y la sangre de Sancho, que no es carne de fajo, son sagrados, señor.

MIGUEL DE UNAMUNO

VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS USALES